



H. P. Lovecraft

# El Extraño

**E LEJANDRIA**



H. P. Lovecraft

# El Extraño

**E** LEJANDRIA

# EL EXTRAÑO

H. P. LOVECRAFT

1926

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO

¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

## El extraño (The Outsider)

Publicado por primera vez en *Weird Tales*, abril de 1926

Infeliz es aquel a quien los recuerdos de la infancia sólo le traen miedo y tristeza. Desdichado aquel que recuerda las horas de soledad en vastos y lúgubres aposentos con colgaduras marrones y enloquecedoras hileras de libros antiguos, o que observa atónito las arboledas crepusculares de árboles grotescos, gigantescos y llenos de enredaderas que agitan silenciosamente sus ramas retorcidas en lo alto. Tal suerte me dieron los dioses: a mí, el aturdido, el decepcionado; el estéril, el roto. Y, sin embargo, me siento extrañamente satisfecho y me aferro desesperadamente a esos escasos recuerdos, cuando mi mente amenaza momentáneamente con llegar más allá, al otro.

No sé dónde nací, salvo que el castillo era infinitamente viejo e infinitamente horrible, lleno de pasadizos oscuros y con techos altos en los que el ojo sólo encontraba telarañas y sombras. Las piedras de los pasillos en ruinas parecían siempre horriblemente húmedas, y había un olor maldito por todas partes, como de cadáveres amontonados de generaciones muertas. Nunca había luz, por lo que a veces solía encender velas y mirarlas fijamente para aliviarme, y tampoco había sol en el exterior, ya que los terribles árboles crecían en lo alto de la torre más accesible. Había una torre negra que llegaba por encima de los árboles hasta el desconocido cielo exterior, pero estaba parcialmente arruinada y no

se podía ascender a ella salvo mediante una escalada casi imposible por la escarpada pared, piedra a piedra.

Debo haber vivido años en este lugar, pero no puedo medir el tiempo. Deben de haber existido seres que se ocuparon de mis necesidades, pero no recuerdo a nadie más que a mí mismo, ni nada vivo, salvo las ratas, los murciélagos y las arañas que no hacen ruido. Creo que quien me cuidó debió de ser terriblemente anciano, ya que mi primera concepción de una persona viva fue la de alguien burlonamente parecido a mí, pero distorsionado, marchito y decadente como el castillo. Para mí no había nada de grotesco en los huesos y esqueletos que se esparcían por algunas de las criptas de piedra en las profundidades de los cimientos. Asociaba fantásticamente estas cosas con acontecimientos cotidianos, y las consideraba más naturales que las imágenes coloreadas de seres vivos que encontraba en muchos de los libros enmohecidos. De esos libros aprendí todo lo que sé. Ningún maestro me instó o guió, y no recuerdo haber oído ninguna voz humana en todos esos años, ni siquiera la mía, pues aunque había leído sobre el habla, nunca se me había ocurrido intentar hablar en voz alta. Mi aspecto era un asunto igualmente impensado, pues no había espejos en el castillo, y simplemente me consideraba por instinto como semejante a las figuras juveniles que veía dibujadas y pintadas en los libros. Me sentía consciente de la juventud porque recordaba muy poco.

Fuera, al otro lado del foso pútrido y bajo los oscuros árboles mudos, a menudo me acostaba y soñaba durante horas con lo que leía en los libros; y me imaginaba con nostalgia en medio de alegres multitudes en el mundo soleado más allá de los interminables bosques. Una vez traté de escapar del bosque, pero a medida que me alejaba del castillo la sombra se hacía más densa y el aire se

llenaba más de un miedo inquietante, de modo que corría frenéticamente hacia atrás para no perderme en un laberinto de silencio nocturno.

Así, a través de interminables crepúsculos, soñé y esperé, aunque no sabía lo que esperaba. Entonces, en la sombría soledad, mi anhelo de luz se hizo tan frenético que ya no pude descansar, y levanté las manos suplicantes hacia la única torre negra en ruinas que se elevaba por encima del bosque hacia el desconocido cielo exterior. Y por fin resolví escalar esa torre, aunque cayera; ya que era mejor vislumbrar el cielo y perecer, que vivir sin contemplar nunca el día.

En el húmedo crepúsculo subí las desgastadas y envejecidas escaleras de piedra hasta llegar al nivel en el que cesaban, y después me aferré peligrosamente a los pequeños puntos de apoyo que conducían hacia arriba. Era espantoso y terrible aquel cilindro de roca muerto y sin escaleras; negro, arruinado y desierto, y siniestro con murciélagos asustados cuyas alas no hacían ruido. Pero más espantoso y terrible aún era la lentitud de mi progreso, pues por más que trepaba, la oscuridad que me cubría no se hacía más tenue, y un nuevo escalofrío como de moho embrujado y venerable me asaltaba. Me estremecí mientras me preguntaba por qué no alcanzaba la luz, y habría mirado hacia abajo si me hubiera atrevido. Me pareció que la noche se me había echado encima de repente, y en vano busqué a tientas, con una mano libre, el hueco de una ventana, para poder asomarme y tratar de juzgar la altura a la que había llegado.

De repente, después de una infinidad de asombrosos, sin vista, arrastrándome por aquel cóncavo y desesperado precipicio, sentí que mi cabeza tocaba una cosa sólida, y supe que debía haber alcanzado el techo, o al menos algún tipo de suelo. En la oscuridad levanté mi mano libre y probé la barrera, encontrándola de piedra e inamovible. Luego di una vuelta mortal a la torre, aferrándome a cualquier asidero que la viscosa pared pudiera dar; hasta que finalmente mi mano de prueba encontró que la barrera cedía, y me volví a dirigir hacia arriba, empujando la losa o la puerta con la cabeza mientras usaba ambas manos en mi temible ascenso. No se veía ninguna luz en la parte superior, y a medida que mis manos subían supe que mi escalada había terminado por fin, ya que la losa era la trampilla de una abertura que conducía a una superficie de piedra plana de mayor circunferencia que la torre inferior, sin duda el suelo de alguna cámara de observación elevada y de gran capacidad. Me arrastré con cuidado y traté de evitar que la pesada losa volviera a caer en su sitio, pero fracasé en este último intento. Mientras yacía exhausto en el suelo de piedra, escuché los espeluznantes ecos de su caída, esperando cuando fuera necesario volver a hacer palanca.

Creando que estaba ahora a una altura prodigiosa, muy por encima de las malditas ramas del bosque, me levanté del suelo y busqué a tientas las ventanas, para poder mirar por primera vez el cielo, y la luna y las estrellas de las que había leído. Pero en todo momento me decepcioné, ya que todo lo que encontré fueron vastos estantes de mármol, con odiosas cajas oblongas de tamaño inquietante. Reflexioné más y más, y me pregunté qué secretos vetustos habrían de morar en este alto apartamento, aislado durante tantos eones del castillo de abajo. Entonces, inesperadamente, mis manos se toparon con una puerta, de la que colgaba un portal de piedra, áspero y con extraños cincelados. Al probarlo, lo encontré cerrado; pero con un supremo impulso de fuerza superé todos los obstáculos y lo arrastré para abrirlo hacia

adentro. Al hacerlo, me llegó el éxtasis más puro que jamás he conocido, pues brillando tranquilamente a través de una reja de hierro ornamentada, y bajando por un corto pasillo de piedra de escalones que ascendía desde la puerta recién encontrada, estaba la radiante luna llena, que nunca antes había visto salvo en sueños y en vagas visiones que no me atrevía a llamar recuerdos.

Creando ahora que había llegado a la cúspide del castillo, comencé a subir a toda prisa los pocos escalones más allá de la puerta; pero el súbito velo de la luna por una nube me hizo tropezar, y me abrí paso más lentamente en la oscuridad. Todavía estaba muy oscuro cuando llegué a la reja, que probé con cuidado y encontré sin llave, pero que no abrí por miedo a caer desde la increíble altura a la que había subido. Entonces salió la luna.

El más endemoniado de todos los choques es el de lo abismalmente inesperado y grotescamente increíble. Nada de lo que había sufrido antes podía compararse en terror con lo que ahora veía; con las extrañas maravillas que la vista implicaba. La vista en sí era tan simple como estupefaciente, ya que era simplemente esto: en lugar de una vertiginosa perspectiva de copas de árboles vista desde una elevada eminencia, se extendía a mi alrededor en el nivel a través de la rejilla nada menos que el suelo sólido, adornado y diversificado por losas y columnas de mármol, y eclipsado por una antigua iglesia de piedra, cuya aguja en ruinas brillaba espectralmente a la luz de la luna.

Medio inconsciente, abrí la reja y salí tambaleándome al camino de grava blanca que se extendía en dos direcciones. Mi mente, aturdida y caótica como estaba, aún mantenía el frenético deseo de



luz; y ni siquiera la fantástica maravilla que había ocurrido podía detener mi curso. No sabía ni me importaba si mi experiencia era locura, sueño o magia; pero estaba decidido a contemplar el brillo y la alegría a cualquier precio. No sabía quién era, ni qué era, ni lo que me rodeaba; aunque mientras seguía avanzando a trompicones fui consciente de una especie de temible memoria latente que hacía que mi avance no fuera del todo fortuito. Pasé por debajo de un arco para salir de aquella región de losas y columnas, y deambulé por el campo abierto; a veces siguiendo el camino visible, pero otras abandonándolo curiosamente para pisar praderas en las que sólo algunas ruinas ocasionales revelaban la antigua presencia de un camino olvidado. Una vez nadé a través de un río rápido donde la mampostería desmoronada y musgosa indicaba la existencia de un puente desaparecido hace mucho tiempo.

Debieron pasar más de dos horas hasta que llegué a lo que parecía ser mi meta, un venerable castillo cubierto de hiedra en un parque densamente arbolado, enloquecedoramente familiar, pero lleno de perplejidad para mí. Vi que el foso estaba relleno, y que algunas de las conocidas torres habían sido demolidas, mientras que existían nuevas alas para confundir al espectador. Pero lo que observé con mayor interés y deleite fueron las ventanas abiertas, magníficamente iluminadas y que emitían el sonido de la más alegre juerga. Al acercarme a una de ellas, miré hacia dentro y vi una extraña compañía vestida de forma muy alegre y hablando animadamente entre sí. Al parecer, nunca antes había oído hablar a los humanos y sólo podía adivinar vagamente lo que se decía. Algunos de los rostros parecían tener expresiones que me traían recuerdos increíblemente remotos, otros eran completamente extraños.

Ahora entré por la ventana baja en la habitación brillantemente iluminada, pasando al hacerlo de mi único momento brillante de esperanza a mi más negra convulsión de desesperación y comprensión. La pesadilla no tardó en llegar, pues al entrar se produjo inmediatamente una de las manifestaciones más aterradoras que jamás había concebido. Apenas había cruzado el umbral cuando descendió sobre toda la compañía un miedo repentino e imprevisto de horrible intensidad, que distorsionó todos los rostros y evocó los más horribles gritos de casi todas las gargantas. La huida fue universal, y en el clamor y el pánico varios cayeron desmayados y fueron arrastrados por sus compañeros que huían enloquecidos. Muchos se cubrieron los ojos con las manos y se lanzaron a ciegas y torpemente en su carrera por escapar, volcando muebles y tropezando contra las paredes antes de conseguir llegar a una de las muchas puertas.

Los gritos eran estremecedores; y mientras permanecía solo y aturdido en el brillante apartamento, escuchando sus ecos que se desvanecían, temblaba al pensar en lo que podría estar acechando cerca de mí sin ser visto. En una inspección casual, la habitación parecía desierta, pero cuando me acerqué a una de las alcobas creí detectar una presencia allí: un indicio de movimiento más allá de la puerta de arco dorado que conducía a otra habitación algo similar. A medida que me acercaba al arco, empecé a percibir la presencia con mayor claridad; y entonces, con el primer y último sonido que he emitido en mi vida -una ululación espantosa que me repugnó casi tan conmovedoramente como su nociva causa-, contemplé con total y espantosa viveza la inconcebible, indescriptible e innombrable monstruosidad que, por su simple apariencia, había transformado una alegre compañía en una manada de fugitivos delirantes.

No puedo ni siquiera insinuar como era, porque era un compuesto de todo lo que es inmundo, extraño, inoportuno, anormal y detestable. Era la macabra sombra de la decadencia, la antigüedad y la disolución; el pútrido y goteante eidolón de la malsana revelación, la horrible exhibición de lo que la misericordiosa tierra debería ocultar siempre. Dios sabe que no era de este mundo -o que ya no es de este mundo-, pero para mi horror vi en sus contornos carcomidos y reveladores de huesos una parodia lasciva y aborrecible de la forma humana; y en su ropa mohosa y desintegrada una cualidad indecible que me heló aún más.

Me quedé casi paralizado, pero no tanto como para hacer un débil esfuerzo por huir; un tropiezo hacia atrás que no logró romper el hechizo en el que el monstruo sin nombre y sin voz me tenía atrapado. Mis ojos, embrujados por los orbes vidriosos que los miraban repugnantemente, se negaban a cerrarse, aunque estaban misericordiosamente borrosos, y mostraban el terrible objeto pero indistintamente después del primer choque. Intenté levantar la mano para tapar la vista, pero mis nervios estaban tan aturdidos que mi brazo no podía obedecer del todo a mi voluntad. El intento, sin embargo, fue suficiente para perturbar mi equilibrio, de modo que tuve que avanzar varios pasos para evitar caer. Al hacerlo, me di cuenta repentina y agonizantemente de la proximidad de la carroña, cuya horrible respiración hueca me pareció oír. Casi enloquecido, me vi capaz de extender una mano para alejar la fétida aparición que se acercaba tanto; cuando en un segundo cataclísmico de pesadilla cósmica y accidente infernal mis dedos tocaron la podrida pata extendida del monstruo bajo el arco dorado.

No grité, pero todos los engendros diabólicos que cabalgan en el viento de la noche gritaron por mí cuando en ese mismo segundo se abatió sobre mi mente una única y fugaz avalancha de recuerdos

que aniquilan el alma. En ese segundo supe todo lo que había sido; recordé más allá del espantoso castillo y de los árboles, y reconocí el edificio alterado en el que ahora me encontraba; reconocí, lo más terrible de todo, la abominación impía que se alzaba ante mí mirando lascivamente mientras retiraba mis dedos mancillados de los suyos.

Pero en el cosmos hay bálsamo además de amargura, y ese bálsamo es nepenthe. En el horror supremo de ese segundo olvidé lo que me había horrorizado, y el estallido de la memoria negra se desvaneció en un caos de imágenes que resonaban. En un sueño huí de aquella pila embrujada y maldita, y corrí veloz y silenciosamente a la luz de la luna. Cuando volví al lugar de mármol del cementerio y bajé los escalones, encontré la trampilla de piedra inamovible; pero no me arrepentí, pues había odiado el antiguo castillo y los árboles. Ahora cabalgo con los macabros burlones y amistosos en el viento de la noche, y juego de día entre las catacumbas de Nephren-Ka en el valle sellado y desconocido de Hadoth junto al Nilo. Sé que la luz no es para mí, salvo la de la luna sobre las tumbas de roca de Neb, ni ninguna alegría salvo las fiestas sin nombre de Nitokris bajo la Gran Pirámide; sin embargo, en mi nueva naturaleza y libertad, casi doy la bienvenida a la amargura de la alienación.

Porque aunque el nepenthe me ha calmado, siempre sé que soy un forastero; un extraño en este siglo y entre los que todavía son hombres. Esto lo he sabido desde que estiré mis dedos hacia la abominación dentro de ese gran marco dorado; estiré mis dedos y toqué una superficie fría e inflexible de vidrio pulido.

# 1. Capítulo 1